

BENASQUE

Villa capital del municipio y del valle pirenaico que lleva su nombre, a orillas del Ésera en su curso alto y a 1.138 m de altitud. Pertenece a la histórica comarca de la Ribagorza, está a 59 km de Graus y se accede a Benasque por la carretera A-139, de Barbastro a Francia, que muere junto a los Llanos del Hospital, pocos kilómetros antes de alcanzar el país vecino, cuya frontera marca el límite del municipio por el Norte. Es una espléndida localidad de alta montaña, con un fuerte atractivo turístico al que no son ajenos los valores monumentales de su casco antiguo, distribuido en torno a la Plaza Mayor o del Ayuntamiento, donde se encuentra la iglesia parroquial dedicada a Santa María.

Benasque ha sido identificada con la *Vascelia* de los ilergetes por algunos autores, quienes también la sitúan en el punto final de una calzada romana que remontaba el Ésera desde La Puebla de Castro. La primera mención del topónimo aparece en dos noticias que deben fecharse en torno al año 950, aunque se conservan en copias tardías donde se les adjudica una fecha absurda (mediados del siglo VIII). Se trata de una donación a Obarra hecha por los condes de Ribagorza, Bernardo y Toda, y testificada por un tal Micharro de Benascho, y de la resolución de una disputa que por la estiva de Baliera se había suscitado entre los habitantes de los valles de Benasque y de Señiu, en la que figura como testigo el mismo personaje. Más tarde, en época del conde Unifredo, uno de los documentos del *Cartulario de Roda*, fechado hacia 970-972, aparece de nuevo testificado por un habitante de Benasco llamado Oriol Aster.

Ya a comienzos del siglo XI, en torno a los años 1006-1015, Benasque aparece profusamente citada como villa y como *territorium* en los textos que conforman el *Rótulo de Benasque*, colección documental referida a las adquisiciones y ventas patrimoniales llevadas a cabo por un importante personaje llamado Enardo, marido de Sancha y protegido de la condesa doña Mayor. Tras el acceso al poder de su sobrino Guillermo Isárnez, esta condesa se había refugiado en el valle de Benasque o valle Sositana, como se le nombra a menudo en época medieval, y allí contó con firmes apoyos como el de los monjes de Benasque, presididos por el abad Barón, y el de su fiel Enardo, en un periodo en el que el señorío feudal de esta villa aparece en manos de un tal Gassian de Benasque.



Vista panorámica
de Benasque

Doña Mayor concede privilegios a Enardo y le otorga algunas donaciones, en reconocimiento a los servicios prestados y por haberse marchado de su tierra y haberla seguido fielmente a su retiro.

Al reinado de Sancho III el Mayor, que se hizo con Ribagorza en la segunda década del siglo XI, corresponden los documentos del *Rótulo de Ballabriga*, estrechamente relacionados con los anteriores por ser también relativos a los bienes que Enardo consiguió acumular en el valle; sin embargo, ya en estas fechas sus posesiones habían pasado a pertenecer al segundo marido de Sancha, Apo Galindo, señor de Ballabriga y que ejercería un notable poder en la zona. Esta colección documental, que contiene instrumentos hasta el año 1045, proporciona las primeras menciones de muchas de las aldeas que componen el valle de Benasque.

También gracias a este *Rótulo* se sabe que en estas fechas Benasque contaba con dos iglesias: la de Santa María y San Marcial y la de San Martín, parroquia esta última servida por canónigos y situada a las afueras de la villa. Sancha, viuda de Enardo y Apo, dispone en su testamento, fechado en 1045, una donación para la celebración de aniversarios por los clérigos de Santa María y de San Martín de Benasque. Ramiro I entregará al monasterio de San Victorián en 1049 un hombre *in villa Benascho*, llamado Manni, con su familia y bienes, y Sancho Ramírez donará un excusado *in Benasco*, llamado Alati, a San Vicente de Roda veinte años después. Según recoge en el *Lucero de Benasque*, compilación de antiguos documentos sobre la villa realizada en el siglo XVIII, este monarca habría otorgado una carta o privilegio de franqueza e ingenuidad a sus habitantes en 1084, que sería confirmado sucesivamente por los monarcas de Aragón hasta comienzos del siglo XIV.

En el año 1092 se documentan varias donaciones de bienes en Benasque a San Vicente de Roda, entre ellas un capmanso y un hombre, llamado Sinfredo, con su familia y bienes, por Arnaldo Bernardo de Benasque. Por estas fechas, una de las dignidades del cabildo rotense era la del arcidiacono de Benasque, que debía proveer anualmente a la catedral de su correspondiente dotación para el día de la Circuncisión del Señor. También algunos habitantes de esta villa, la más septentrional de las dependientes de Roda, estaban obligados a pagar la décima de sus viñas al cabildo. Entre 1161 y 1170 el prior de Roda fue Pedro de Benasch.

En estas mismas décadas y hasta finales de siglo se consigna repetidamente en la documentación la presencia de *Raimundi de Benasch*, probablemente señor de la villa y seguramente descendiente del Bernardo Raimundo que durante el reinado de Alfonso I el Batallador figura como tal y con título de conde. Otro personaje notable fue Arnaldo de Benasco, a quien el rey Alfonso II concede en 1182 la cuarta parte de la plata de las minas que se explotaban en el valle. El sucesor de este monarca, Pedro II, hubo de recordar a los de Benasque, como a los pobladores de otras localidades del valle, la obligación que tenían de pagar a Roda la décima de sus campos y viñas, apercibiendo al merino de la Ribagorza para que les hiciera cumplir. Jaime II otorgó a sus habitantes el privilegio de que ni los ganados ni cualesquiera otros bienes que fueran tomados en prenda por no pagar los derechos reales no se sacaran del valle, sino que quedarán en poder del bayle de la villa, lo que sería confirmado por Pedro III en 1280 y por Jaime II en 1291.

Al producirse las revueltas de la Unión, entre los nobles ribagorzanos que signaron el Privilegio General figuraba Bernardo de Benasque, caballero de Bernardo de Malleone o Maloleón. A un sucesor de éste, Gerardo de Malleone, tuvo que ser restituido el castillo, entre otros, por el veguer de Ribagorza, cumpliendo la orden dada en agosto de 1290 en tal sentido por Alfonso III de Aragón. Cinco años después, presta homenaje al rey Jaime II por el lugar de Benasque y la honor de Castejón de Sos. Su heredera, la noble Fayda, hizo lo propio en 1319, a través de su procurador, el canónigo Berenguer de Malleone, esta vez por los castillos, villas y lugares de la baronía de Benasque. En 1308, Jaime II declaró a la villa y sus aldeas exentas del pago del tributo de cena.

Tras la reinstauración del condado de Ribagorza, los habitantes de la villa se hicieron con algunos derechos condales (treudos, lezda, tributos y carlanías) a cambio del pago de 20.000 sueldos jaqueses a Arnaldo de Eril y su esposa, Sibila de Angularia, carlanes y señores feudales del valle desde 1363, lo que fue aprobado por los condes. Poco después, la condesa doña Violante vendió a los de Benasque el lugar de Eriste por 10.000 sueldos, necesarios para el rescate del conde de Ribagorza, que había sido capturado por el de Foix. A cambio, promete también no enajenar las aldeas de Benasque (Liri, Sahún y Eresué) a otro señor, sino mantenerlas siempre unidas a la villa capital del valle. Junto con Anciles y Cerler, Benasque contaba en 1385 con 118 fuegos, y entre ellos figuraban algunos de los más notables patrimonios del condado.

Iglesia de Santa María y San Marcial

DEPENDIENTE DE SAN VICENTE DE RODA, pasó al obispado de Lérida en 1149 y fue cabeza del arcedianado de Benasque. Desde 1571 pertenece al obispado de Barbastro. No existen más noticias medievales sobre ella que la donación efectuada en el ya citado testamento de Sancha en 1045, donde se constata la doble advocación que ha mantenido hasta la actualidad.

Presenta planta de cruz latina con testero recto, nave única y torre a los pies. El crucero cubre su centro con cúpula sobre trompas y los brazos, de poco desarrollo, con bóveda de lunetos, sistema empleado también en el tramo de cabecera. Toda esta parte corresponde a una ampliación realizada en el siglo XVIII, tras los daños sufridos por el edificio durante la Guerra de Sucesión. La nave va cubierta con bóveda de cañón ligeramente apuntada, reforzada por medio de fajones, y posee capillas laterales abiertas en el grosor del muro, cuatro en el lado norte y tres en el sur, lado en el que también se sitúa la puerta. La torre, de planta cuadrada y tres cuerpos, de los que el superior es el de campanas, está integrada en la nave porque su cuerpo bajo, abovedado en medio cañón, se abre hacia ella constituyendo una capilla más en el centro del muro de los pies. Flanqueándola, se adosaron posteriormente dos capillas más, algo más estrechas que la central, aunque

actualmente la del lado norte está tapiada y sirve como trastero. La del lado sur posee acceso propio desde el exterior de la iglesia, abierto junto a la portada principal. Una tercera portada se dispuso en el brazo sur del crucero. Finalmente, junto a la cabecera, en el ángulo nororiental, se erigió la sacristía.

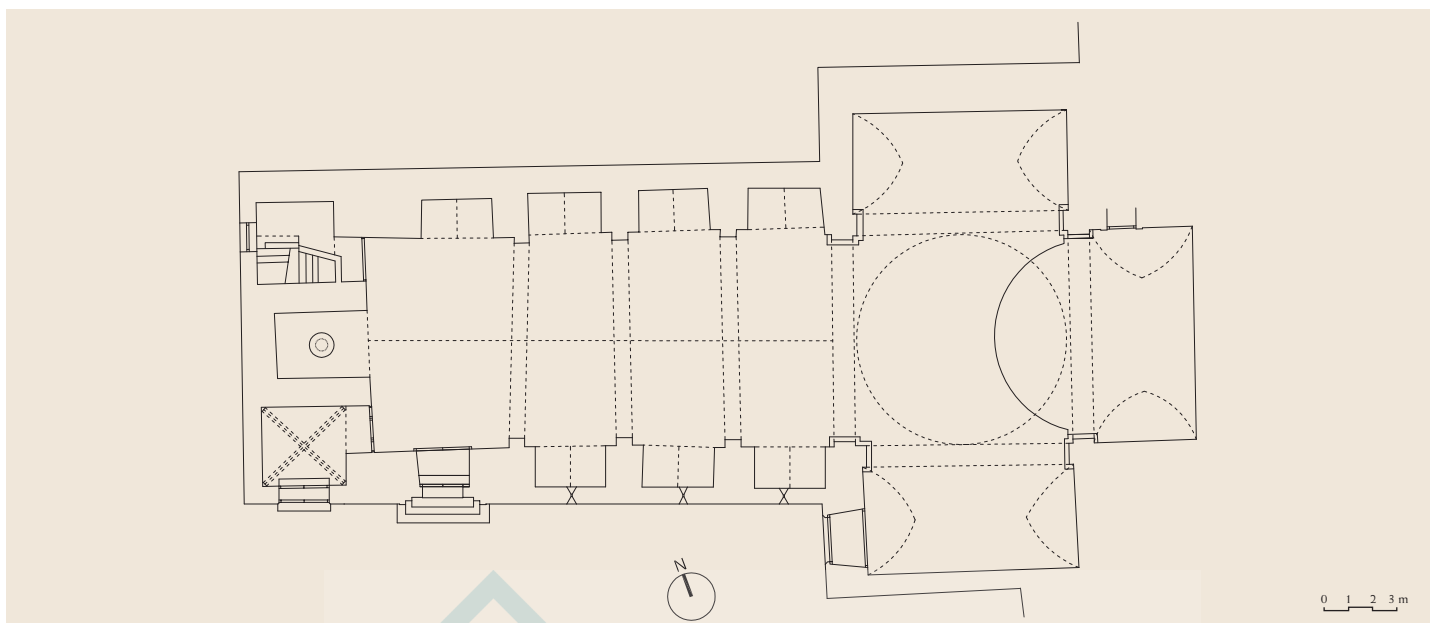
La fábrica es de mampostería aparejada, con refuerzos de sillares en las esquinas de la nave y de la torre. En la base del muro norte de la iglesia y junto a la portada, en el tramo occidental de la fachada sur, se aprecian varias hiladas uniformes de sillarejo alargado. Alrededor de la portada principal el aparejo es de sillares más grandes y trabajados.

Frente a la iglesia se erige la casa abacial, que aloja la pequeña capilla de San Sebastián, y que forma junto con el templo parroquial y los edificios que se le adosan por el lado del crucero, una recoleta plaza que en otro tiempo albergaría el cementerio. Hasta hoy constituye un espacio independiente rodeado en su área occidental por una cerca baja donde está la puerta de acceso al conjunto.

El espacio más interesante es el de la nave, que probablemente corresponde a la fábrica original del templo, pues sus características constructivas son propias del románico tardío, especialmente la condición de los muros como únicos elementos sustentantes, que fían a su grosor la estabilidad de

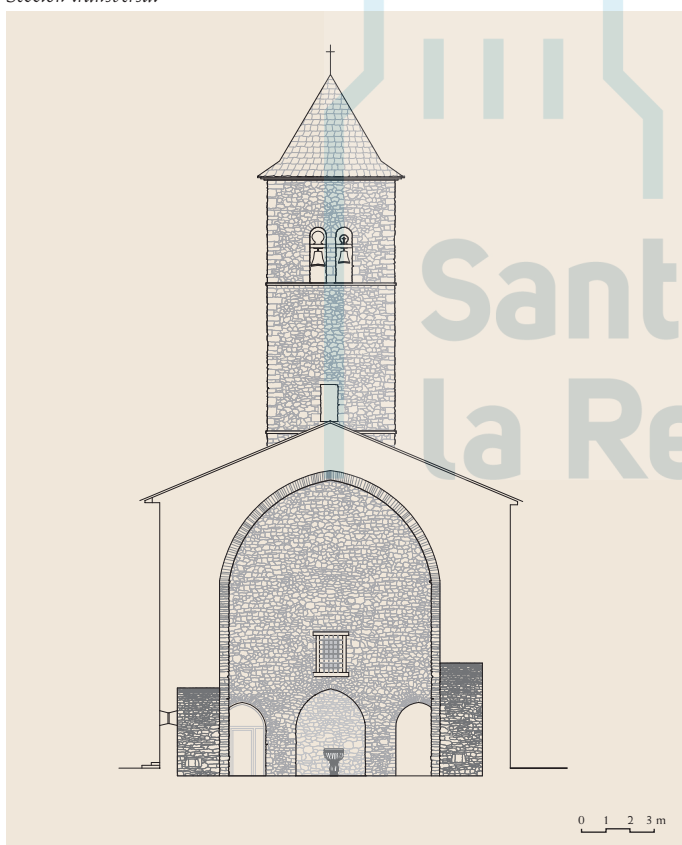


Muro sur



Planta

Sección transversal



la fábrica, así como el rústico abovedamiento de las capillas laterales y central de los pies (la que forma el cuerpo bajo de la torre), a base de sillarejo sin labrar puesto de canto. Sin embargo, es llamativa la anchura de la nave, factor que abona la adscripción de esta parte del edificio a una fase tardía

dentro del románico, además del ligero apuntamiento de la embocadura de las capillas. Todo ello nos lleva a datar la obra original ya en pleno siglo XIII. En la actualidad es difícil reconocer la condición románica de la nave debido a las reformas efectuadas en la iglesia, muy especialmente la reconstrucción de la cabecera en el XVIII, pues la ampliación de esta zona desvirtuó completamente la concepción del espacio que poseía la fábrica medieval. Dicha reforma afectó también a la bóveda de la nave, que seguramente se sobreelevó y se reforzó con los fajones que hoy vemos, que descansan sobre pilastras que inicialmente no recorrían todo el muro, como en la actualidad, sino que se cortaban a media altura del paramento y apeaban sobre ménsulas.

También la luminosidad es mucho mayor que la que correspondería al edificio románico, debido a los grandes ventanales abiertos en el crucero. La nave cuenta tan solo con dos vanos de medio punto y doble derrame sobre las dos primeras capillas del muro sur, producto seguramente de una reforma realizada en el siglo XVI, y con dos pequeñas aspilleras de derrame interior en el centro de las tres capillas de este mismo lado.

Sobre la portada, en el último tramo de este muro hacia los pies, se abrió asimismo un ojo de buey de amplio derrame interior y exterior que es, por su decoración tallada, el elemento más interesante del conjunto y el más vistoso de la fachada. Es producto evidente de una intervención efectuada en el siglo XVIII, cuando se produjo la gran reforma del templo, que compuso el óculo aprovechando piezas pertenecientes a un edificio anterior, quizá la propia iglesia románica preexistente, dado que uno de los relieves tallados en dichas piezas representa a san Marcial. Ocupa esta figura el espacio superior central de la orla exterior del óculo, for-

mado por piezas esculpidas con motivos animales, vegetales, geométricos, fantásticos y hasta epigráficos y heráldicos, así como figuras humanas. Entre los motivos vegetales predominan los tallos sinuosos rematados por hojas de roble o flores cuatripétalas. Entre los fantásticos figura un ser con cuerpo de hombre y cara monstruosa; hay dos perros que asoman entre el follaje y una lagartija; bandas de sogueado, de palos o de botones; la figura de san Marcial ya mencionada, en su representación típica sobre una cruz de cuatro clavos, vestido con su hábito y flanqueado a sus pies por tres rostros humanos; una inscripción en caracteres góticos; y, finalmente, un escudo muy tosco, cuartelado en cruz y sostenido por dos tenentes, que lleva las armas de los condes de Ribagorza (los cuarteles primero y cuarto con los palos de Aragón, el segundo con un castillo y el tercero con un león).

Dado que son piezas reaprovechadas, su disposición está levemente forzada para adaptarlas a la forma circular del conjunto. Es probable que fueran dovelas de una antigua portada que, por la presencia del escudo y la pieza tallada con caracteres góticos, cabría datar ya en el siglo XIV, si bien dentro de un estilo retardatario que haría pervivir largamente las fórmulas románicas, tan arraigadas en tierras pirenaicas.

Sobre el óculo, un breve tejazoz de madera, carente de función eficaz por sus reducidísimas dimensiones y por su colocación bajo el alero, a una altura excesiva para poder proteger ni la portada ni el óculo, viene sostenido por cuatro ménsulas escalonadas, en cuarto de bocel, con toscas figuritas talladas que representan rostros humanos y cabezas animales, quedando algunas de ellas lisas. Resulta atípica la presencia de tallas en ménsulas con perfil en bocel, esto es, sobresaliendo claramente su relieve, pues lo habitual es que rellenen la concavidad de los cavetos o mediascañas, por razones obvias de perdurabilidad. Es un dato que inclina a considerar estas ménsulas un añadido posterior, meramente decorativo, que quiso imitar las tallas medievales reaprovechadas en el óculo al que, teóricamente, protegen.

Bajo el óculo se sitúa la portada principal del templo, en arco de medio punto replicado en tres finas arquivoltas molduradas cuya parte central, nervada, viene a rematar en una base poligonal de corte gótico. El conjunto va protegido por una moldura externa, a modo de guardapolvo, que cubre la arquivolta exterior hasta la línea de impostas, descansando sobre dos ménsulas con forma de cabezas de animales toscamente talladas; de perfil cónico invertido y con los rasgos definidos a base de líneas incisivas, también dan la impresión de ser piezas más antiguas, reaprovechadas.

Esta portada, fruto de una reforma posterior, como delata a las claras no solo su estilo, sino también el cambio de aparejo y material constructivo de la fachada en su contorno, puede datarse a comienzos del siglo XVI, época de la que también data la capilla del ángulo suroeste del edificio, construida en 1515 por mosén Martín de Pebenque, tal como informa una lápida que se conserva en la misma. Sin embargo, la tradición oral de la localidad ha conservado la noticia de



Óculo



Detalle del óculo. San Marcial en la cruz



Crismón

que esta portada fue trasladada de la parroquia de San Martín e instalada aquí cuando se decidió la demolición de aquella a principios del siglo XIX.

Vestigio de la fábrica románica es, asimismo, el diminuto crismón tallado en uno de los sillares de la fachada, sobre la portada, ligeramente descentrado de la clave de las arquivoltas. Se trata de un ejemplar característico de las iglesias románicas del valle, identificables por la peculiaridad de presentar el remate del vástago vertical en forma de llave, aunque, advirtiendo que bajo la RO de la parte superior del mismo vástago aparece un trazo en forma de V, cabe interpretar el signo inferior como una E en lugar de como una llave, y remitirse a las posibles interpretaciones que se han propuesto para esas dos letras, esto es, *Victorianis Ecclesiae* (por su pertenencia al monasterio de San Victorián) o *Vallis Esera*. Crismón, pues, de los llamados "de tipo ribagorzano", posee ocho brazos, siendo el horizontal más corto que el resto. Los símbolos alfa y omega penden de la parte superior de los brazos dispuestos en aspa.

La sencilla torre es de planta cuadrada y está dividida en cuatro cuerpos, aunque exteriormente solo se señala la división de los dos superiores por medio de una fina moldura. Bajo el alero se abren cinco vanos de medio punto para las campanas, tres sencillos en las caras norte, sur y oeste y uno doble en la que mira al Este. El cuerpo bajo es el que forma la capilla central a los pies de la iglesia y carece de ventanas; mientras el segundo cuerpo va iluminado por una alargada

aspillera. En este cuerpo se encuentra el acceso a la torre, que antaño se alcanzaba desde el interior de la iglesia, a través de un vano que asomaba a la nave sobre la capilla; hoy este vano, transformado en una amplia ventana adintelada, sigue existiendo pero ya no sirve como acceso a la torre, sino que éste se realiza desde el exterior, por la cara norte de la torre. Es una estructura muy similar a la del campanario de la vecina aldea de Anciles, aunque la de Benasque es más esbelta.

La iglesia fue objeto de una profunda restauración tras un incendio ocurrido en 1925, y todavía de otra, más reciente, que eliminó la capa de enladrado que cubría la nave completamente, manteniéndolo solo en la bóveda, y que prolongó hasta el suelo las pilastras que sostienen los arcos fajones de la bóveda. Eliminó también la moldura dieciochesca que daba continuidad a la dispuesta en la zona de la cabecera y el crucero, dejando únicamente un fino resalte que señala la línea de arranque del medio cañón.

Texto: MSM - Fotos: AGO - Planos: ABRP

Bibliografía

AA.VV., 1996c, pp. 265-266; GRAU QUIROGA, N., 2010, pp. 231, 235, 305, 315-316, 345-349, 35-352, 364-365, 378-379, 486 y 508; IGLESIAS COSTA, M., 1998, pp. 323-336; MARTÍN DUQUE, A., 1965, pp. XV-XXV, 15, 23, 28, 37, 40, 49, 51, 63, 65, 72, 74 y 117; MARTÍN DUQUE, A., 2004, pp. 40-42 y 175-177; SÁNCHEZ CASABÓN, A. I., 1995, p. 199.

Santa María Hospital de peregrinos

UNA VEINTENA DE KILÓMETROS al norte de Benasque por la carretera A-139, que conduce hasta los Llanos del Hospital y muere poco antes de alcanzar el límite con Francia, se encuentran los restos de un hospital de viajeros y peregrinos fundado en el siglo XII, llamado en la zona "el Hospital Viejo" para distinguirlo de otros más modernos que lo sustituirían con el correr del tiempo. Situado en las faldas del puerto de Benasque, era gemelo de otro que, en posición parecida, existía en el lado francés: el de Bagnères de Luchon. Su función era asistencial: dar cobijo y alimento a quienes atravesaban la frontera por un paso tan difícil, donde en según qué condiciones climáticas se llegaba a arriesgar la vida.

Se considera que este hospital se creó en torno a 1172, porque de esta fecha data un documento de Alfonso II de Aragón que concede a la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén las estivas o pastos de verano en el puerto de las Gorgutas, situado en esta zona, que tenía por él el conde de Pallars. El monarca entrega estos pastos al Hospital como alodio, franco e ingenuo, con el derecho expreso de que los ganados de la Orden pudieran pastar libremente y entrar y salir por toda su tierra, y encarga al conde de Pallars y a Arnaldo de

Benasque, como a los demás vecinos de la villa, que acepten la presencia de los ganados y de los miembros de la Orden hospitalaria. Así, pues, se trataba de una fundación real que en primer lugar establecía las condiciones para el mantenimiento de un establecimiento hospitalario similar a los existentes en otros pasos fronterizos pirenaicos en Aragón.

Las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo entre 1997 y 2006 pusieron al descubierto los restos de este hospital, que constaba de tres edificios principales: una capilla, un albergue y unas dependencias para la habitación de los encargados de prestar la asistencia a los transeúntes. El conjunto se sitúa en un repecho sobre el curso del Ésera, que es aquí un río recién nacido, cerca de su confluencia con el barranco de las Gorgutas, ocupando la superficie de un espolón rocoso de reducidas dimensiones pero desde el que se domina visualmente una extensa porción de terreno. Hoy se localiza junto a la carretera, a mano derecha, unos 400 m antes de su finalización.

La capilla o ermita se situaba en el extremo más oriental de este espolón, en un espacio limitado por el camino viejo y la ladera sobre el Pla de la Sarra, lo que obligó a disponer un



Capilla o iglesia del hospital



Hospital

edificio pequeño, de 7 m de largo por 5,6 de anchura, completado por dos estancias anexas. Las pocas hiladas que se conservan del templo evidencian que se trataba de una obra muy rústica, con muros de un metro de grosor, hecha a base de mampostería de granito trabada con cal y fundamentada en la roca pura, sin apenas cimientos. Tuvo un ábside semi-circular separado de la minúscula nave por un arco que descansaba sobre dos pilastras adosadas a los muros, de las que se aprecian los arranques, y una estrecha puerta en el muro sur.

Tras el muro que cierra la capilla a poniente se prolongaron los muros laterales 10 m más, continuando la fábrica con dos estancias sucesivas destinadas a albergue. Todavía en el siglo XVI se añadió otra estancia, de algo más de 6 m de longitud y muros de mucho menor grosor. En esa misma centuria

se abandonó este conjunto hospitalario, sustituido por otro levantado a poco menos de un km hacia el Este.

El conjunto se completaba con un edificio de planta rectangular, situado algo más hacia poniente, que correspondió a la hospedería donde se prestarían los servicios asistenciales a los viajeros y se guardarían sus caballerías.

Texto y fotos: MSM

Bibliografía

ONA GONZÁLEZ, J. L. y CALASTRENC CARRÉRE, C., 2009; SÁNCHEZ CASABÓN, A. I., 1995, pp. 199-200 y 470-471; UBIETO ARTETA, A., 1984-1986, I, pp. 232-233.

Ruinas de la iglesia de San Martín

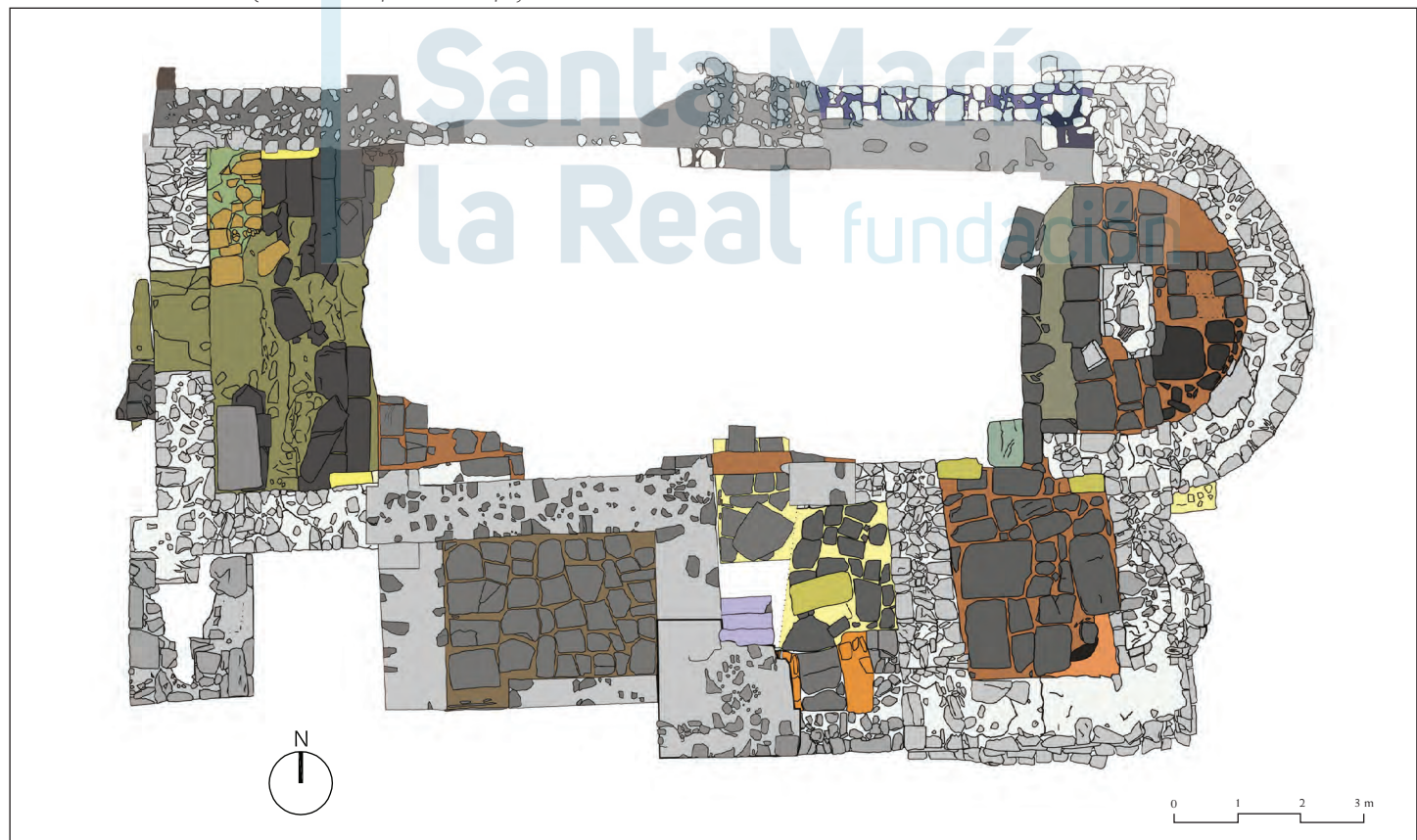
ANTERIOR A LA FÁBRICA de Santa María y San Marcial hubo otra iglesia con función de parroquia. Estaba dedicada a San Martín y se hallaba en la margen derecha del río Ésera, a cierta distancia de la localidad, lo que resulta sorprendente dada su condición parroquial. Aparece nombrada en la documentación a mediados del siglo XI, junto con la iglesia de Santa María, y en el XIII pagaba rentas eclesiásticas a la catedral de Lérida por valor de 8 libras. Adscrita en 1620 a la iglesia de Santa María por el obispo Jerónimo de Lanuza, desde el XVIII quedó convertida en ermita. Su desaparición no se debió, sin embargo, al abandono, sino a su voladura por los soldados franceses en 1809, durante la Guerra de la Independencia, quienes consideraron peligrosa su posición para la defensa del castillo de Benasque. Arrasada, pues, y cubierta por la maleza, se llegó casi a perder la certeza de su localización hasta que tres campañas arqueológicas llevadas a cabo entre 2006 y 2008 sacaron sus restos a la luz.

Delimitan estos la planta completa de la antigua iglesia, que tuvo dos naves rematadas en sendos ábsides semicirculares, aunque no se descarta totalmente la existencia de una tercera nave en el costado norte de la principal. De las dos que han salido a la luz, la nave principal es la situada más al Norte, que alcanza los 19 m de longitud y 5 de anchura,

mientras que la meridional es ligeramente más estrecha y notablemente más corta. En algunos tramos se han recuperado los paramentos de los muros, hasta una altura máxima de 3 m. No quedan vestigios de las cubiertas, aunque tuvieron que ser abovedadas; se aprecia que la de la nave principal estuvo apoyada en arcos fajones que apeaban interiormente en pilastras y que al exterior iban reforzados mediante contrafuertes.

La fábrica se levantó a base de piedra sillar y mampostería de diferentes calidades y aparejo, correspondiendo la obra más cuidada a los ábsides y la parte oriental de los muros, mientras que la sección occidental de la nave principal es de factura más rústica; ello parece deberse a una ampliación posterior, datada en el siglo XVI por el hallazgo de materiales cerámicos correspondientes a esta centuria. A esta época correspondería, por tanto, la portada principal situada en el muro de los pies, de la que solo se conserva el arranque, que evidencia el arranque de las jambas que la formaron. Al interior la portada daba a una escalinata de cierta monumentalidad que descendía hasta la nave. También en el XVI se debió de llevar a cabo una reforma en la zona del ábside, probablemente debida a la colocación de un retablo mayor que obligó a desplazar el altar hacia el centro del presbiterio y a pavimentar de nuevo el espacio de la cabecera. La nave-

Planta de los restos excavados (Fundación Hospital de Benasque)



cita sur se cerró mediante tabiques y se compartimentó en dos espacios, uno de los cuales serviría como capilla y el otro como sacristía.

En el ángulo suroccidental, junto a los pies, existen restos de un reducido cuerpo de planta cuadrada que pudo corresponder a un pequeño campanario. Adosada al muro de cierre de la nave lateral, como prolongación de la misma, se erigió en torno al siglo XVIII una edificación complementaria que probablemente sirvió de habitación para el ermitaño.

Texto: MSM

Bibliografía

GARCÍA OMEDES, A., www.romanicoaragones.com/Benasque/SanMartin;
IGLESIAS COSTA, M., 1998, pp. 323-336; OÑA GONZÁLEZ, J. L. y RUIZ, J. J., 1993; SÁNCHEZ CASABÓN, A. I., 1995, pp. 199-200 y 470-471; UBIETO ARTETA, A., 1984-1986, I, pp. 232-233.

